



# CRISTO VIVE Y TE QUIERE VIVO: LA CUESTIÓN VOCACIONAL EN EL POST-SÍNODO DE LOS JÓVENES

## Jornadas de Pastoral Juvenil Vocacional

Madrid, 11-13 de octubre de 2019

### TU SER PARA LOS DEMÁS: la cuestión vocacional en el proceso sinodal

#### Alessandra Smerilli, FMA

HIJA DE MARÍA AUXILIADORA (SALESIANA DE DON BOSCO)

- Profesora de Economía Política en la Pontificia Facultad de Educación “Auxilium” de Roma.
- Auditora en el Sínodo de los Obispos 2018 sobre “los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”.
- Nombrada Consejera de Estado de la Ciudad del Vaticano por el Papa Francisco.



#### INTERVENCIÓN

La frase que escucho más frecuentemente en las jornadas y en las ocasiones en las que se habla de los jóvenes es: “Pero también hay cosas buenas”. En una lectura generalmente negativa –son inconstantes, frágiles, revoltosos, queman etapas, incapaces de asumir responsabilidades, etc.– se indican algunos signos positivos: entonces, “hay algo bueno”, y a menudo ese *bueno* es lo que más se acerca a nuestras costumbres y a nuestros valores. Entonces, ¿tal vez puedo imaginarme que Dios me mira, me escruta, y con un suspiro sentencia “pero hay algo bueno”? ¿Puede ser el mismo Dios que, frente al ser humano, se alegra *porque era muy bueno* (Gn 1, 31)?

No se puede estar con ellos sin cambiar algo de nosotros. Quizás veamos caos, vida un poco desordenada, tantos intereses, poca estabilidad, pero en el fondo la redención es precisamente un regreso al orden, un descubrimiento progresivo de la propia originalidad que aprovecha los resbalones, las contradicciones, caídas... Hoy es evidente que no podemos imaginar la educación, al menos la que nos gustaría, como un camino directo, un recorrido lineal en el que al chico le son idealmente retiradas las experiencias negativas, casi como para ahorrarle la libertad.

Cada uno de nosotros lleva dentro las grandes preguntas sobre el sentido de la vida, sobre el futuro, sobre Dios. Podemos escavar dentro, dejarnos acompañar por ellas, o intentar silenciarlas. Pero no eliminarlas. Si fingimos que no están, antes o después nos pasarán factura. A una mujer

que había perdido el marido, Carl Jung le escribe una carta sobre el sentido de la vida: “La vida que hemos elegido para nosotros podría revelarse muy diferente de la que habríamos elegido. El problema es este: llegado al final de mi vida, ¿qué me encuentro entre las manos? Si encuentro solo el lamento por lo que hubiera podido ser y no ha sido, no será gran cosa. Pero podríamos encontrar mucho mejor o mucho peor. Toda vida no vivida acumula resentimiento hacia nosotros, dentro de nosotros; multiplica las presencias hostiles. Así nos convertimos en crueles con nosotros mismos y con los otros. No vemos a nuestro alrededor que luchamos, cedemos y sucumbimos a las pérfidas tentaciones de la envidia. Se dice que la envidia ciega nuestra mirada que permanece saturada con las vidas de los otros y nosotros desaparecemos de nuestro horizonte. La vida que se ha perdido, finalmente, se volverá contra mí”.

En la edad adulta nos encontramos con frecuencia confrontándonos entre la vida que hemos elegido y aquella que habríamos elegido; en algunos momentos sentimos que ambas coinciden, y esto es fuente de paz. Otras veces nos damos cuenta de que la vida está tomando giros diversos de los que nos hubieran gustado, o mejor, que estamos viviendo una vida que no es la nuestra. Para quien continúa cultivando las preguntas, y se deja poner en discusión, todo eso puede conllevar un cambio de dirección, pequeñas muertes para hacer florecer otra vida, elegida contracorriente y, a veces, no comprendida. Decisiones que, sin embargo, nos hacen sentirnos vivos. Se deja de vivir cuando se alejan las preguntas, cuando nos rendimos y no nos permitimos, a nosotros mismos, cambiar. La mayoría de las veces se trata de pequeñas muertes y cambios interiores, casi imperceptibles desde fuera. Otras veces, seguir viviendo significa tener la valentía de hacer opciones fuertes, visibles y tal vez no comprendidas.

Los jóvenes se encuentran en esa fase de la vida en la que se producen las grandes decisiones, las que dan una dirección, en el terreno del trabajo, los sentimientos, lo social, lo religioso.

Cierto, las grandes decisiones no se improvisan. Ya en el momento de elegir la escuela secundaria se decide emprender un camino, dejando otros atrás. Así lo escribía Antonio, de 23 años: “tenía 3 años y ya sabía lo que me hubiera gustado hacer, y aún estoy probando”. Pero llega un momento en el se advierte que es necesario hacer elecciones importantes, y a veces no aplazables. Para hacerlo, es preciso saber leer y escuchar las preguntas que llevamos dentro.

## **1. Entre el miedo y el entusiasmo**

Si preguntamos a los jóvenes cuáles son las preguntas más importantes, también sus preocupaciones y sus miedos, la respuesta más frecuente es una sola palabra: futuro. Este genera miedos, como rastreamos en las voces de algunos jóvenes a los que se pregunta sobre estos temas: “En mi futuro.. una serie interminable de ideas, miedos, interrogantes. Me digo frecuentemente que tendría que haber vivido en otra época, pero la verdad es que asustan todos estos caminos vacíos en su excesiva plenitud de estímulos y de historias”, confiesa Alessia. Y Elisa añade: “Pienso el futuro complejo, incierto, ajetreado y, afortunadamente, en continua transformación y evolución”. También hay quien, como María, afronta el futuro con entusiasmo: “Cuando pienso en ello tengo una imagen poco definida pero luminosa, no veo claro lo que hay, pero parece bello, ¡quisiera hacer tantas cosas y no veo la hora de que lleguen!”.

## 2. Carrera de obstáculos

Y unido al futuro está, principalmente, el trabajo. Martina no se lo piensa dos veces: “Personalmente, lo que más me asusta es el futuro. Me pregunto si encontraré un trabajo que me guste, que me ayude a poner en juego mis estudios y que me permita vivir”. Lo mismo que Ilaria: “¿Qué será de mi futuro? Esta es la pregunta por antonomasia, que hace de paraguas a otra serie de preguntas. Nos preguntamos si encontraremos trabajo, y si ese trabajo será satisfactorio; si lograremos realizar nuestros objetivos tradicionales, si llevaremos a término lo que hemos iniciado (estudios, proyectos...). Nos preguntamos que valor tendrán nuestras experiencias y nuestros estudios, si serán reconocidos como equipaje importante que llevamos con nosotros, o si serán cuestionados”.

El trabajo da dignidad, esto los jóvenes lo tienen bien claro: vivir y comer gracias al trabajo de las propias manos no es como recibir una ayuda económica, que me permite vivir sí, pero que proviene del trabajo de otros. El trabajo es una dimensión tan importante del ser humano, que no poder expresarnos a través del trabajo de las propias manos nos hace sentirnos no pertenecientes a la sociedad en la que vivimos. El trabajo es ciertamente un medio para poder vivir, pero también es mucho más. A través del trabajo decimos al mundo quiénes somos, qué sabemos hacer; no conocemos verdaderamente a una persona hasta que no la vemos trabajar. El trabajo es expresión de nuestra dignidad, pero también es compromiso, cansancio, capacidad de colaborar con otros, porque siempre es “con” o “para” alguien. Y por tanto no es nunca un acto solitario. El trabajo es cooperación, es el lugar donde uno se convierte verdaderamente en adulto, es nuestra contribución a hacer más bello el mundo; es por esto que impedir a un joven trabajar es un acto violento, es la violencia de impedirle participar en este gran proyecto.

## 3. El desencanto afectivo

El futuro son también lazos, relaciones, amistades, amor: “¿Qué ocurrirá en mis relaciones? Ya sean relaciones afectivas, amistades, lazos profesionales, estamos inseguros por su duración, evolución, por las consecuencias que podrían acarrear a nuestra vida en el caso que tuvieran que concluir, sobre la huella que dejarán” (Ilaria). En la escucha de los jóvenes me doy cuenta de que cuando se llega a estos temas hay menos romanticismo de lo que se espera. No se busca un alma gemela, no se espera el príncipe azul. Las complicadas relaciones familiares –que muchos han vivido– los acompañan y los han moldeado, a veces haciéndoles crecer antes de tiempo. Llevan las huellas en la piel y en el alma. Así lo expresa Elisa: “No niego que si me paro a pensar la sensación que me vienen en mente y que siento es incertidumbre, precariedad y un poco de miedo. Miedo de no ser capaz de crear una familia, tanto por la situación laboral precaria, como por las relaciones humanas que, como nunca antes, percibo falsas y oportunistas”. Se advierte también el miedo de ser instrumentalizados en las relaciones, de no ser considerados un fin, sino un objeto.

Las dudas, los temores, los miedos, se están transformando en la prolongación/alargamiento de los periodos de transición, se convierten para muchos en un aplazar para un tiempo indefinido las elecciones definitivas. Y entre los jóvenes aflora también el miedo de no poder ser madres, por causa de alargarse la edad de las opciones sentimentales y laborales. Mientras observamos con inquietud este fenómeno, y nos gustaría que el rumbo se pudiera invertir, nos damos cuenta de

que las nuevas generaciones, cuando llegan a una elección de vida, lo hacen más conscientemente que en el pasado, y tal vez con más madurez.

Les hemos escuchado sobre estos temas dejándoles expresarse libremente, sin dirigir el curso de los pensamientos. Respecto al tema “relaciones”, ninguno ha dedicado una palabra al mundo digital, redes sociales, etc. También esto nos hace reflexionar a nosotros adultos, que a pesar de que vemos el potencial de los ambientes digitales y de las herramientas, tenemos mucho miedo, y tendemos a poner en contraposición la realidad virtual y el mundo real. Para ellos no hay distinción, como señala el documento final del Sínodo de los jóvenes, “no se trata solamente de ‘usar’ instrumentos de comunicación, sino de vivir en una cultura ampliamente digitalizada que tiene efectos muy profundos sobre el sentido del tiempo y del espacio, sobre la percepción de uno mismo, de los otros y del mundo, sobre el modo de comunicar, de aprender, de informarse, de entrar en relación con los otros. Un acercamiento a la realidad que tiende a privilegiar la imagen frente a la escucha y a la lectura, influye en el modo de aprender y el desarrollo del sentido crítico”.

#### **4. La revolución amable**

No nos encontramos frente a una generación de revolucionarios. O tal vez sí. Los jóvenes tienen un gran deseo de cambiar el mundo, pero lo hacen su modo: sin gritos, sin hacer demasiado ruido, creando tendencias gracias a sus capacidades y a las posibilidades de conexión.

Están estupefactos de cómo nos comportamos en relación con el medioambiente, de los daños que estamos provocando gracias a nuestros estilos de vida y de producción, y con una mezcla (*mix*) de obstinación e ingenuidad están llamando la atención de todos sobre estos temas.

Para ellos es importante cumplir con su parte, no importa lo que hagan otros. Más aún, no comprenden la falta de coherencia de muchos adultos. No juzgan, se preguntan simplemente “¿por qué?”.

Resuenan en la vida de estos jóvenes, y de tantas otras personas que comienzan a cambiar los propios estilos de vida, las palabras de la *Laudato Si'*: “No hay que pensar que esos esfuerzos no van a cambiar el mundo. Esas acciones derraman un bien en la sociedad que siempre produce frutos más allá de lo que se pueda constatar, porque provocan en el seno de esta tierra un bien que siempre tiende a difundirse, a veces invisiblemente. Además, el desarrollo de estos comportamientos nos devuelve el sentimiento de la propia dignidad, nos lleva a una mayor profundidad vital, nos permite experimentar que vale la pena pasar por este mundo” (212).

El bien a través de estilos de vida más atentos y respetuosos se está ya extendiendo, quizá sin hacer ruido. Y esta es una buena noticia.

#### **5. Los condicionamientos, el fracaso**

Frente a los sueños, al deseo de cambiar el mundo, a la espera de un futuro que está a la puerta, se abre camino también la sombra del fracaso. Decidir es elegir un camino en una encrucijada, recorrerlo sin saber como hubieran sido otro u otros senderos. Y, a veces, se llega a un punto del

cual no es fácil volver atrás. Lo intuye Irene: “Si uno se equivoca es difícil volver sobre los propios pasos con la misma facilidad con la que se recorre por primera vez”. Uno de los pensamientos que a menudo atraviesa la mente de muchos jóvenes es el de un posible fracaso, de no conseguir los objetivos prefijados, de no realizar los sueños. Cuando se puede comprender las pasiones, los sueños que llevamos dentro, la fuerza los impulsa es grande, y esto hace que se tenga en cuenta el fracaso, sin darle un peso excesivo. Todo se torna más difícil cuando las preguntas “¿cuáles son mis sueños?, ¿cuáles las mías pasiones?, ¿en qué quiero convertirme?”, no encuentran las respuestas, o peor aún, cuando nos sentimos tan condicionados que evitamos incluso hacernos estas grandes preguntas: “Estamos llenos de plazos, repletos de perspectivas aleatorias, bombardeados por estímulos a veces vacíos, en una carrera frenética y terriblemente competitiva hacia una meta poco clara” (Alessia).

Simone nos lanza su grito: “No llegarás a ser nadie. El miedo de no ser lo bastante bueno. De no ser más veloz que los otros. Mejor que los demás. Siempre en competición. Como si una flor mirase la flor de al lado, que es otro tipo de planta, y tuviese el temor de no florecer solo porque la otra ya ha florecido. Se nos dice que somos fracasados si salimos de la universidad y tenemos interrogantes profundos, sin resolver, preguntas de sentido, de vida, de horizonte. Siempre parece que perdemos el tiempo, y que es mejor no gastarlo cambiándonos a nosotros. Como si hacer en nuestro lugar pudiese equivaler a hacer lo mejor para nosotros”.

## 6. Las preguntas de la Iglesia

Nos preguntamos, finalmente, cuáles son las preguntas, o las peticiones que los jóvenes católicos hacen a su Iglesia. ¿Qué esperan? ¿Qué mensajes nos envían?

“Sería bonito mirarnos uno a uno, regalarnos esta mirada, preguntarnos a cada uno de nosotros en qué punto estás de tu camino, cuáles son tus cansancios, tus miedos, tus bendiciones, qué dones has recibido, qué heridas sientes... Solo así las preocupaciones no surgen y no debilitan la fatiga del camino, sino que lo convierten en un descubrimiento continuo para uno mismo. ¿Cuántos tienen paciencia con nosotros y junto a nosotros? La Iglesia debería tener este mandamiento especial para mirar a cada joven. Todas las veces que no mira así, rompe un gran trabajo en progreso o al menos no ayuda a realizarlo. ¡Creed en nuestro tesoro que llevamos en vasos de barro!” (Giulia).

## 7. Opciones

Con una afirmación no precisamente pacífica, el papa Francisco ha señalado: “Tantas veces en la vida perdemos tiempo preguntándonos: ‘¿Quién soy yo?’. Tú puedes preguntarte quién eres, y hacer toda una vida buscando quién eres. Pero pregúntate: ‘¿Para quién soy yo?’”. Es verdad; hemos dejado de pensarnos originariamente juntos, bajo el mismo cielo; es raro preguntarse ‘para quién’ se vive. Sin embargo, las comunidades cristianas y las ciudades contemporáneas no están llenas de jóvenes que se preguntan quiénes son realmente. Las palabras del Papa parecen orientar a la misma Iglesia para que, si tiene interrogantes que plantear, sean los adecuados. Los menos inútiles, los más capaces de dejar entrever el tesoro escondido en el campo de cada uno. ¿Cómo arar el terreno? De hecho, muchas predicaciones o catequesis son percibidas por los jóvenes como

un hablar estéril, lejano de lo concreto de la vida cotidiana. Son ellos mismos los que se marchan cuando sembramos “preguntas fundamentales” que no conducen a ninguna parte, o peor aún, cuando creemos que tenemos todas las respuestas.

Gioele tiene 21 años y trabaja en trenes de mercancías. Tiene horarios imposibles, pero tiene un buen contrato y el mundo ferroviario era su pasión desde niño. A veces tiene la impresión de perder el tiempo, por ejemplo cuando después de un turno de noche se encuentra con la jornada vacía, mientras que amigos y familiares están en el trabajo o en la universidad. Incluso ir a dormir le parece un crimen. Gioele no se pregunta en abstracto *quién* es y *para quién* es, pero tiene bien clara la diferencia entre sí y las voces que le piden un mayor equilibrio entre trabajo y reposo, entre esfuerzo y tiempo libre, entre tiempo en casa y fuera de casa. Su chica, los amigos, el trabajo lo mueven en cualquier momento con una generosidad simple y al mismo tiempo creativa. Tiene razón el papa Francisco: si la pregunta fuera “*para quién* eres”, inmediatamente abriría a la Iglesia un orden de prioridad que muchos jóvenes, como Gioele, se han dado ya, quizás convirtiéndose en adultos con excesivo sentido común demasiado libres, noctámbulos, poco presentes en casa y lejos de las costumbres de la clase media. Su mapa está hecho de personas, no de lugares obligados. Su *smartphone* es presencia constante en grupos muy diversos; presencia a menudo ligera, pero también fiel y puntual en la necesidad. Aprovechar la bondad de este modo ampliamente difundido de ser en el mundo, significa para la Iglesia plantear otras preguntas correctas: ¿qué haces con el patrimonio de vínculos en el que estás inserto? ¿Cuál es el perfil de ti que aparece? ¿Dónde eres tú mismo y cuándo, en cambio, interpretas una parte? ¿Qué ambientes puedes respirar y dónde encuentras que falta el aire? La certeza de fondo es que el Reino de Dios avanza en lo que “hace vivir”. No solo es, sino que el método de Jesús es este: no una enseñanza de verdad externa, sino el encuentro con otra mirada sobre lo que ya se es, y que comienza a florecer si la mirada es la correcta.

En efecto, la historia de Gioele y de muchos otros chicos pone el interrogante sobre a qué se dedica la Iglesia cuando se ocupa de pastoral juvenil y vocacional. La vida ya está en curso; no la generan ni la estructuran nuestras iniciativas. Estas alcanzan a un porcentaje irrisorio de bautizados y de su tiempo. Que se regrese a los evangelios o a los datos de la realidad, lo prioritario es dar un nuevo nombre a procesos positivos en marcha, aunque sean mínimos: reconocer en nuestro interlocutores también lo bueno, señalarlo y cultivarlo. En la base de tanta inseguridad y en el fondo de muchas adolescencias quemadas falta un encuentro con quien llama lo mejor por su nombre y abre los ojos a quien es portador inconsciente de ello. Abrazar la fragilidad, acoger la inquietante conciencia de que los límites no van en contra de la realización, simplemente desbloquea. “Fragilidad: una palabra tan bonita, tan humana y, al mismo tiempo, tan repudiada por los hombres. Nunca aceptada. He descubierto que es un don, una amiga, una confidente, un consuelo, una fuerza”. Lo escribe Matilde, una chica “*excelente*”: así la consideraba su instituto y la cataloga hoy la universidad. A riesgo de aprisionarla: “Los profesores te conocen de años y tú eres ese diez... Siempre pensé que si incluso hubiera querido derrumbarme, no habría tenido derecho. No, no puedes porque decepcionarías a quien te ve siempre al ciento por ciento y apuesta por ti con los ojos cerrados”. Ojos cerrados que anulan incluso a los mejores, después de haber descartado a los que no muestran talentos dentro de los parámetros predefinidos.

Vocación es una palabra revolucionaria en un tiempo que no sabe vernos en relación. Se refiere a jóvenes conectados los unos a los otros, pero frecuentemente sin vértigo por lo que los une y por lo que ya es posible para ellos. El Sínodo sobre los jóvenes, en el n. 78 del *Documento Final*, después de haber especificado que la vocación no es el recitar un guión ya escrito, sugiere a la Iglesia una purificación del imaginario y del lenguaje religioso, “recuperando la riqueza y el equilibrio de la narración bíblica”. Pero, ¿qué historia bíblica es simplemente equilibrio? Vocación es siempre interrupción de un orden ya establecido, invisible, pero ya sofocante. La irrupción de una nueva conciencia de sí –regalo de la voz y de una mirada de otros- rescata el tiempo perdido y tantos errores cometidos, de cada experiencia muestra el beneficio, convierte en gloriosas incluso las heridas. Cada historia bíblica, partiendo de la de Jesús –paradigma de todas las demás- es lo contrario a un camino recto, de una fidelidad acrítica, de un proceder de éxito en éxito, sin espacios para crisis y dudas. La fragilidad –tenemos que dar fe de ello- es el elemento fundamental de las más sólidas y fecundas opciones de vida. No hay un “para siempre” que sea una repetición estática, acomodarse, seguridad en el propio “estado”: la Biblia es éxodo continuo, creación siempre en curso. Los psicólogos hablarían de resiliencia, pero una Iglesia más obediente a las Escrituras tendrá palabras, imágenes e historias siempre nuevas para describir caminos en los que cada uno se convierte en lo que es. Serán su mismo hijos a ofrecérselas. Las suyas son trayectorias personales, en las que la dimensión comunitaria hace la diferencia. Carla, atraída por el Evangelio, lista para dar todo y seguir a Jesús sin reservas, inició una experiencia en un instituto religioso femenino. Deja todo después de algunos meses: “He encontrado relaciones funcionales, me ha faltado la frescura de un estar juntos de una forma nueva; he visto formas de tratar diversas reservadas a las superiores; esta no es la vida nueva que me esperaba, la veo mundana”.

Una Iglesia generativa, por tanto madre, ha cambiado por las generaciones que hace crecer. Si a los jóvenes les falta la percepción de una eficacia similar de las propias decisiones, les resultará más difícil ser cristianos como llamada a incidir en un mundo ya ocupado y concluido. Tal vez en la Iglesia de mañana se hablará menos de estados de vida y más de vocaciones radicales de seguimiento, si estamos dispuestos a dejarnos interpelar y cambiar por los jóvenes. Esta generación, de hecho, nos revela que en cada elección no dar por descontado el bautismo y lo que hace la diferencia es el llegar a ser, paso a paso, verdaderos cristianos.

## 8. Casa

Salir de casa tiene el significado de un rito de paso, casi como una iniciación a la responsabilidad. Hasta hace algunos decenios, el servicio militar obligatorio llevaba a la juventud despreocupada a la edad de las opciones definitivas. No era lo mismo para el mundo femenino: aquel modelo no preveía igualdad de oportunidades. De hecho, las chicas pasaban a otra casa cuando el padre las entregaba al marido para formar una nueva familia. Todavía hoy el símbolo de la salida se revela impulsor de la acción y del cambio, pero es necesario imaginar cómo los jóvenes encuentran una casa diversa a la de procedencia. El Documento Final del último Sínodo contiene, en este sentido, indicaciones que recoger con cierta valentía. En el n 138 la imagen de la *casa* aparece como algo más que una metáfora: El anhelo de fraternidad, que emerge de la escucha sinodal de los jóvenes, pide que la Iglesia sea «madre para todos y casa para muchos» (Francisco, *Evangelii Gaudium*, 288): la pastoral tiene el deber de realizar en la historia la maternidad universal de la Iglesia, mediante

gestos concretos y proféticos de una acogida alegre y cotidiana, que hagan de ella un hogar para los jóvenes. Como en los evangelios, entonces, tendrá que existir un dejar, *concreto y profético*, los lazos de sangre para decir: “Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumple la voluntad de Dios, ese es mi hermano, hermana y madre” (Mc 3, 34-35). No se trata de la llamada a la vida *religiosa*, sino de la transición a una cotidianeidad *cristiana*: “En un mundo fragmentado, que produce dispersión y multiplica las realidades a las que es posible adherirse, los jóvenes necesitan ayuda para unificar su vida, leyendo en profundidad las experiencias cotidianas y discerniéndolas” (DF 141).

Se difunden en las diócesis diversas experiencias de vida común. Aunque duran poco –algunos días, o como mucho alguna semana– no faltan los signos de su eficacia. Así habla Anna, 21 años: “La exigencia de estar juntos tal vez sea lo que más me ha gustado. El valor de cualquier familia es precisamente la unión, la búsqueda de lazos. Algunas noches, el cansancio se cambiaba por el deseo de hablar, conocer mejor a los otros, cantar juntos, estudiar más o incluso jugar. Me sentía parte de una verdadera familia y he descubierto el placer de estrechar relaciones incluso con quien no había visto antes. Todos me llamaban por mi nombre, me reconocían. Y he reforzado las cosas esenciales que normalmente comparto con los amigos verdaderos”. Andrea, 25 años: “La cama es especialmente atractiva a las 6’15 de la mañana. Y aún así, levantarme y dar los buenos días a los amigos, rezar las Laudes juntos, encontrarnos en el desayuno y contar lo que haríamos durante la jornada se convirtió en un deseo fuerte. Por esto, para mí, la convivencia es verdadera alegría: incluso los pequeños gestos rutinarios tienen un significado más verdadero y profundo”. Son palabras sencillas, densas de entusiasmo, que merecen entrelazarse con la conciencia a la que llegaron los obispos: “En el aula sinodal se ha escuchado muchas veces un llamamiento urgente a invertir en los jóvenes con generosidad pasión educativa, largo tiempo y recursos económicos. El Sínodo, recogiendo las contribuciones y los deseos manifestados durante el diálogo sinodal, y escuchando las experiencias concretas que ya se están realizando, propone firmemente a todas las Iglesias particulares, a las congregaciones religiosas, a los movimientos, a las asociaciones y a otras instancias eclesiales, que se ofrezca a los jóvenes (...) *un tiempo destinado a madurar en la vida cristiana adulta*. Debería prever un tiempo prolongado para distanciarse de los ambientes y las relaciones habituales, y construirla sobre la base de tres elementos indispensables: una experiencia de vida fraterna compartida con educadores adultos que sea esencial, sobria y respetuosa de la casa común; una propuesta apostólica vigorosa y significativa que se viva conjuntamente y una propuesta de espiritualidad radicada en la oración y en la vida sacramental. Se trataría de una clara línea divisoria entre dos edades de la vida que hoy viven solapamientos alarmantes: la adolescencia y la juventud. Entre las dos hay una colina, no solo imaginaria, que la pastoral debe valorar más. La mayoría de edad debe ser tratada como lo que es: una edad mayor, que pide un salto cualitativo, un tiempo que no se puede definir solo por la negación –no adolescencia y no edad adulta- sino por su consistencia positiva. Con la mayoría de edad, nuestros chicos pueden votar, pueden conducir, obtienen la plena capacidad de actuar incluso en ámbito financiero; en resumen, tienen la posibilidad de alejarse de casa. Difícilmente antes de los 25 años los jóvenes pueden hacer opciones importantes para su vida: con frecuencia esto no aparece como un problema, sino como una condición natural, inevitable. Respecto a las generaciones precedentes experimentan amplia libertad, pero también miedos y preocupaciones desconocidos en el pasado: la familia de origen permanece como un área de confort preferible al riesgo de los primeros pasos de autonomía, tal



vez bajo el signo de una cierta sobriedad y de compartir con otros jóvenes. Por otra parte, la incertidumbre pide una presencia, una respuesta, una ayuda. Todo paso –también el de la adolescencia a la mayoría de edad- tiene necesidad de cuidado y acompañamiento: *dejar* constituye siempre un momento de crisis, porque pide, en la separaciones, volver a ser incompletos.

Una Iglesia que busque a los jóvenes allí donde se encuentran puede entonces cambiar de rumbo respecto al tema de su *casa*. Esto comporta, primero, no demonizar el deseo de partir; educar a las familias para reconocer una época de la vida con la que en el pasado no se tenía tan en cuenta; valorar más el carácter provisional, connatural a un pueblo de peregrinos: “No tenemos aquí una morada permanente, sino que andamos en busca de la futura” (Heb 13, 14). Esto significa un vuelco de la pastoral ordinaria, para que ponga en el centro el estar juntos como *nueva familia*, más allá de la sangre, y deje surgir de la cotidianidad –trabajo, afectos, descanso- el algo más (*magis*) del Reino de Dios. Casas parroquiales para reestructurarlas para convivencias breves o de larga duración; colegios universitarios que arrancar de una *rutina* anónima y puramente funcional; seminarios llenos para convertirlos en más familia; seminarios vacíos que transformar para jóvenes dispuestos a cultivar la interioridad y la dedicación a los últimos; conventos abiertos a la hospitalidad y pisos desocupados para quien quiere compartir una *regla* más allá de los metros cuadrados. Hasta invertir en el *Cohousing*<sup>1</sup> entre familias que nacen y personas frágiles, entre quien tiene muchos amigos y quien está solo: niveles diversos de intimidad, en los que tener la propia habitación puede acompañarse con compartir el salón, la lavandería, la terraza, el rellano, un jardín para cultivar. La arquitectura puede dar forma a los sueños cuando encuentra el espíritu.

Una pastoral que se cimienta con formas nuevas de *vida común* no solo invierte en las relaciones de larga duración, sino que acompaña en la responsabilidad hacia las cosas prácticas y respecto a ellos mismos. Educa a la profundidad simbólica de las pequeñas atenciones y de los gestos más ordinarios, para que se interiorice su valor aunque no haya una norma o voz externa que llame al orden de la vida. Sobriedad no es, por tanto, una coacción a tener menos. Es permitirse la oportunidad de abandonar gran parte de lo que uno ya ha sido y ha acumulado, para encontrarse, en relación con Dios y los otros, siempre más a sí mismo.

## 9. Raíces

En un taxi hacia el aeropuerto de París a las 4 de la mañana. Un taxista y una monja. El taxista: “¿Qué hace en la vida?”. La hermana, pensando que todo fuera evidente por el hábito y el crucifijo que lleva, habla, no tanto sobre la vida religiosa, sino sobre su experiencia profesional, que despierta la curiosidad del taxista. Empieza así un diálogo sobre diversos temas de actualidad económica y social. En la sencillez del diálogo, llega una pregunta por sorpresa: “¿Tiene esposo, hijos?”. Desconcerto; “pero... ¡soy una monja!” –pensando: “¿pero no se ve?”–. El taxista: “¿Y qué?”. Pregunta desconcertante. Ella intenta hacerle comprender que es una opción de vida y no un trabajo, que se dedica la existencia a Dios y a los demás. Lo hace buscando palabras que no

---

<sup>1</sup> Covivienda. Esta voz inglesa se emplea para denominar un nuevo tipo de viviendas colaborativas caracterizadas por ser viviendas particulares con generosos servicios comunes y cuyos habitantes forman una comunidad cohesionada por su forma de entender la vida. (Ndt)

resulten incomprensibles a quien ha hecho esa pregunta. Silencio del taxista. De nuevo: “¿Desde cuándo es monja?”. “Desde hace veinte años”. “Ah... ¿y sin marido y sin hijos durante veinte años?”. La religiosa ya no sabe qué decir. Y las preguntas continúan. “¿Y eso que me está explicando es también para los hombres?”, y para explicarlo mejor, “¿viven dentro de una iglesia?”. En el escenario kafkiano en el que se siente que ha caído, la hermana observa que al menos la iglesia como edificio permanece como algo conocido: es ya un elemento de alivio. El eco de aquél diálogo la acompaña durante todo el día, con la impresión de haber probado una muestra de una sociedad post-cristiana. La vida creyente tiene lugar en un mundo que cada vez posee menos las categorías para leer signos y símbolos. Los lenguajes y las palabras comunes durante siglos en el cristianismo y en la Iglesia, para un número cada vez mayor de personas, especialmente para los jóvenes, se han perdido. Es necesario volver con la memoria a los anuncios, a veces torpes, de los apóstoles en los primeros tiempos del cristianismo. ¿Nos encontramos en la misma condición que los primeros cristianos?

Cada bautizado, allí donde vive, se enfrenta a cuestiones religiosas elementales, más vivas que nunca. En nuestras ciudades, se ha notado el imaginario tradicional de la comunidad; crecen la conflictividad, la precariedad y la desconfianza. Esto comporta que a todos los niveles es necesario volver a decirnos por qué razones y en nombre de qué debemos estar juntos, cómo podemos organizar respuestas plausibles a problemas nuevos y antiguos. ¿Qué nos permitirá convivir, siendo tan distintos, de forma cívica? ¿Existe un amor en el que se pueda confiar, una experiencia de seguridad para no encontrarnos solos y perdidos? ¿Cómo recuperarnos del mal causado y padecido? ¿Qué será de la tierra y de nosotros, en el futuro y más allá de la muerte? Estos son los acentos con los que se configura la búsqueda de Dios en la primera generación del tercer milenio, por parte de aquellos que no tienen un “antes del 2001” y viven su adolescencia y su juventud en medio de las crisis. Deseos de salvación y de sentido, aunque el menosprecio por las jerarquías tradicionales suponga la lejanía de unos interlocutores que se tienen por conocidos. Si el cristianismo tiene un problema en Occidente, es la sensación corriente y extendida de que es algo muy conocido, cuando en realidad no se ha experimentado ni se ha indagado en profundidad. Esta es la diferencia fundamental entre nuestra Iglesia y la de los orígenes. La omnipresencia de signos cristianos, en el arte y en las costumbres, parece impedir o cuanto menos retrasar el regreso a Cristo como Novedad.

Lo sucedido en el taxi parisino, en el fondo, no es un hecho aislado que solo ocurra en Francia. Las mismas preguntas que han desconcertado a la monja son frecuentes, por ejemplo, entre los adolescentes italianos y creo que en los españoles; se escuchan en el centro juvenil o en la clase de religión. Y son precisamente los chicos, el termómetro de nuestras sociedades. A pesar de la multitud de datos que las investigaciones ponen a nuestra disposición, tendemos a no asumir que la mayor parte de los jóvenes italianos ha interrumpido su relación con la Iglesia. A la pregunta “¿Eres creyente?” muchos responden: “He sido educado como católico, pero no practico” o “Soy ateo”, “No me interesa mucho Dios y la religión”. Sin embargo, algunos no esconden su fe y la profesan sin hacer ostentación pero con convicción, también entre sus coetáneos. Son un pequeño resto. Muchas veces preferimos ver esos centros juveniles todavía frecuentados por niños y adolescentes y seguir adelante como si nada hubiera cambiado. Pero si nos preguntamos con un poco de honestidad, sabemos que no es así y que también entre los practicantes la relación con la Iglesia y con el Credo está en continua evolución, a veces de forma irresoluta o suspendida.

Por otro lado, “Ser joven, más que una edad es un estado del corazón. De ahí que una institución tan antigua como la Iglesia pueda renovarse y volver a ser joven en diversas etapas de su larguísima historia. En realidad, en sus momentos más trágicos siente el llamado a volver a lo esencial del primer amor”(Papa Francisco, *Christus vivit*, n.34). El tiempo que estamos viviendo es fascinante y debemos reconocer que los jóvenes nos están acostumbrando a la posibilidad de un cristianismo más genuino, con menos superestructuras. No prevalece la protesta o el rechazo de la experiencia religiosa, pero se siente un gran deseo de coherencia, frescura y sencillez: de testigos. Cuando intentamos salir de los esquemas y se encuentran a las personas allí donde están, sin ninguna propensión al proselitismo, se desmontan muchos prejuicios sobre el cristianismo y sobre la Iglesia, a veces simplemente tomando una taza de café en compañía. Tras hablar un poco, inmediatamente surge una pregunta sobre el sacramento de la reconciliación, que, al encontrar una respuesta libre, coherente y con un poco de implicación personal, hace exclamar: “¡Nunca lo había visto así!”. Si un cura o una monja entran en una gran multinacional invitados por sus directivos, pongamos por caso, para presentar el punto de vista cristiano sobre los temas de actualidad, su presencia genera curiosidad, preguntas de sentido y una cierta nostalgia de un mundo en el que a muchos nos gustaría habitar.

Cuando somos capaces de poner en juego –respondiendo con sinceridad y calidez a las preguntas, hablando de uno mismo y contando las equivocaciones, sin esconder que somos personas normales, capaces de divertirse, estar en compañía y disfrutar de las cosas buenas de la vida– contribuimos a desechar la idea de un cristianismo triste, hecho de deberes, de moral, de juicios y prejuicios. Esta percepción es muy común, aun tratándose de una gran distorsión del evento cristiano: un Dios que se ha hecho carne no pide sacrificios, sino que se hace sacrificio por nosotros. Como observa el papa Francisco, “a veces, por pretender una pastoral juvenil aséptica, pura, marcada por ideas abstractas, alejada del mundo y preservada de toda mancha, convertimos el Evangelio en una oferta desabrida, incomprensible, lejana, separada de las culturas juveniles y apta solamente para una élite juvenil cristiana que se siente diferente, pero que en realidad flota en un aislamiento sin vida ni fecundidad. Así, con la cizaña que rechazamos, arrancamos o sofocamos miles de brotes que intentan crecer en medio de los límites” (*Christus vivit*, n.232).

Durante una experiencia en los Estados Unidos, con jóvenes universitarios trabajando a ritmo veloz durante tres semanas en un centro de investigación, celebramos la misa en la casa que compartimos. Parece verdaderamente un regreso a los orígenes del cristianismo, cuando la celebración eucarística se hacía en las casas. Al comentarlo los jóvenes en la universidad, corre la voz. Y de modo totalmente inesperado algunos piden participar. Jóvenes que normalmente no van a misa. Sin embargo, se dejan envolver en un ambiente con sabor a hogar, en la sencillez, en el deseo de interioridad pero también de relaciones nuevas. Esta es la Iglesia misionera que necesitamos hoy, igual que en los comienzos: una comunidad que puede surgir del boca a boca, en la que unos invitan a otros. *Ven y verás* (Jn 1): “Los jóvenes –subraya el papa Francisco– en las estructuras habituales, muchas veces no encuentran respuestas a sus inquietudes, necesidades, problemáticas y heridas. [...] Se trata más bien de poner en juego la astucia, el ingenio y el conocimiento que tienen los mismos jóvenes de la sensibilidad, el lenguaje y las problemáticas de los demás jóvenes» (*Christus vivit*, nn.202-203).

**Alessandra Smerilli, FMA**



**CONFER**